



# POLITICA EXTERIOR

---

Hegemonía, imperio y desencuentro: Europa y EE UU después de Irak

Author(s): José María Peredo

Source: *Política Exterior*, Vol. 17, No. 96 (Nov. - Dec., 2003), pp. 55-60

Published by: Estudios de Política Exterior S. A.

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/20645585>

Accessed: 04-04-2020 15:24 UTC

---

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact [support@jstor.org](mailto:support@jstor.org).

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

*Estudios de Política Exterior S. A.* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Política Exterior*

## Hegemonía, imperio y desencuentro

### *Europa y EE UU después de Irak*

José María Peredo

**H**an pasado algo más de dos años desde los atentados del 11 de septiembre de 2001 y tres de la exigua victoria republicana en las elecciones de Estados Unidos. En este tiempo, uno de los hechos más preocupantes en el panorama internacional ha sido el brusco giro de la política exterior norteamericana y el enrarecimiento de las relaciones entre Europa y EE UU.

Las víctimas inocentes, la violencia de dos guerras consecutivas (Afganistán e Irak), los atentados terroristas y la marginación de otras políticas internacionales de cooperación y protección de los derechos humanos son tragedias mucho más graves a corto plazo, que han infectado además las venas de las relaciones internacionales con el cáncer del odio y la incompreensión entre pueblos y culturas. Sin embargo, la cooperación entre europeos y americanos ha hecho prevalecer después de dos siglos de luchas, violaciones y desigualdades de toda dimensión, una sociedad internacional orientada en torno a unos principios generales de progreso, libertad y respeto a unas reglas proporcionadas

por el Derecho para entender las relaciones entre Estados y naciones, y cuyos valores se encuentran asentados sobre la conciencia de millones de ciudadanos y en las legislaciones de un gran número de países y organizaciones internacionales.

En consecuencia, aunque no debe entenderse la historia de forma determinista, menos aún puede obviarse un pasado, tantas veces común, a la hora de explicar el deterioro de las relaciones transatlánticas, fruto en los últimos meses de análisis y observaciones no siempre adecuados.

No se pueden explicar las percepciones mutuas de europeos y americanos sobre la base de sondeos de opinión planteados en no se sabe qué circunstancias. Tampoco se pueden entender los recelos entre ambas sociedades sin buscar razones en una historia y un pensamiento tan vastos como lo son también la ignorancia de quienes quieren resumir la cultura occidental en conceptos vagos pero útiles para verter la nueva doctrina al uso en las mentes más adocenadas. No se acierta a enten-

---

José María Peredo es periodista y profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Europea de Madrid.

der que intelectuales como Robert Kagan, experto en historia y política exterior americana, no rastree –en su ensayo sobre el poder de EE UU y la debilidad de Europa– en ciertos elementos históricos que hagan más comprensibles algunos de los sentimientos actuales: el sentido antieuropeo que manifestaron los textos fundacionales americanos y los alegatos que tachaban a británicos y continentales de intolerantes, belicosos y obsoletos en sus principios y modos de comportamiento; o el crecimiento de EE UU como Estado y como potencia, amparado en planteamientos internacionales como la doctrina Monroe durante la primera mitad del siglo XIX y la política aislacionista durante la segunda, ambos con un inequívoco significado antiimperialista y, en cierto sentido, antieuropeísta.

Sólo en el siglo XX, aunque en él se gestaran los desafíos más crueles contra la democracia y la propia humanidad a manos del nazismo y el comunismo, parece corregirse esta línea directriz de la política exterior americana, la cual por lo demás, nunca consiguió desatar los lazos culturales y económicos que han desplegado ambas sociedades a lo largo del tiempo.

Tan sólo estos apuntes, que advierten de la trascendencia del problema, son argumentos suficientes para exigir consistencia a las relaciones transatlánticas y rigor a los especialistas y encargados de auspiciarlas. ¿Cómo puede hablarse de una “nueva” y una “vieja” Europa cuando la OTAN, la nueva agenda transatlántica o la Organización para la Seguridad y Cooperación Europea (OSCE) siempre han unido a europeos y americanos en el deseo de vivir en un espacio común de paz, progreso y seguridad, a través de la cooperación? ¿Qué grado de enviciamiento ha corroído la política de la administración de George

W. Bush para propiciar una campaña que ha calificado a los europeos –a todos por igual– de antisemitas, egoístas y débiles, por manifestar discrepancias sobre cómo afrontar los problemas que plantea un mundo globalizado?

Sin embargo, la responsabilidad de este desencuentro no es exclusiva de los americanos. Nadie puede negar a los gobiernos europeos su escasa decisión para desarrollar una política exterior común con fondos y objetivos ambiciosos, ni la obsesión de los miembros y candidatos de la Unión Europea por sus propios problemas nacionales. Pero, aun siendo compartida, la responsabilidad no es equiparable en ambas orillas del Atlántico: el inconformismo de la administración Bush con el marco internacional de los años noventa, o los principios hegemónicos de buena parte de sus dirigentes y su política unilateralista, desde antes del 11-S, son hechos que sitúan al presidente Bush y a su aparato doctrinal en el eje del problema.

La “erosión de los fundamentos culturales y las estructuras básicas de la alianza transatlántica” ya era advertida por Philip H. Gordon, entre otros muchos, en el número de enero-febrero de 2003 de *Foreign Affairs*. Pero a raíz del ataque a Irak se produjeron las escenificaciones más palpables en el Consejo de Seguridad de la ONU, en el Consejo Atlántico de la OTAN, en los Parlamentos nacionales de los países implicados, en la opinión pública y en los medios de comunicación para que no quedara ninguna duda de que este conflicto había roto en pedazos los esfuerzos de una década de relaciones internacionales. ¿Cuáles son las causas de este deterioro?

Desde el punto de vista de los europeos, un primer motivo es la inoperancia –inexistencia más bien– de la política exterior común, manifestada en las

guerras de Bosnia y Kosovo, y que sigue estancada ante la falta de medios materiales acordes con los desafíos de la seguridad actual y la imposibilidad de establecer estructuras y objetivos comunes. Ese bloqueo se ha visto agravado con el proceso de ampliación que se desarrolla desde el tratado de Niza, que ocasiona día tras día la necesidad de una revisión de los patrones de conducta y el reparto de poder en la UE. La Convención y el proyecto de Constitución Europea, por sí solos, absorben esfuerzos políticos y polarizan iniciativas que pudieran favorecer posiciones comunes en materia extracomunitaria.

Si el desafío de la ampliación está en la raíz del eurocentrismo de los últimos meses, las incertidumbres económicas de algunos Estados miembros y la crisis del modelo de compromisos presupuestarios y macroeconómicos han servido para avivar recelos entre socios y miedos ante el futuro monetario, empresarial e institucional en la UE. No ha estallado la crisis de Irak en el mejor momento para admitir debilidades internas, como la que vive la “locomotora” franco-alemana, y sí para desviar e implicar a la opinión pública europea en un escenario alejado de Bruselas, Berlín y París.

Hay un segundo conjunto de motivos del desencuentro, de índole histórico-cultural. De una parte, el denominado “paraíso europeo” (Kagan) se ha sustentado desde su origen sobre tres axiomas: guerra, no; nacionalismo, no; división de los europeos, no. Todos ellos, provenientes de los escombros de las dos guerras mundiales, han transformado la política exterior de los países europeos –en la mayor parte de los casos– en una actividad reflexiva en la que predominan los principios y la institucionalización de las decisiones. A esta actitud algunos analistas la denominan

“el milagro europeo de la posguerra”, aunque la critican por esconder, tras su aparente apaciguamiento, intereses nacionales y materiales concretos.

Pero los antecedentes deben buscarse más bien en diversos periodos históricos de paz en el continente, momentos en los que se desarrollaron instrumentos diplomáticos y de equilibrio de poderes, que han sido asimilados por la idiosincrasia de la política europea actual. Este hecho, unido a las propias relaciones históricas y culturales de los europeos con otros territorios y pueblos concretos, como pueden ser los árabes, condiciona las actitudes de aquéllos de tal manera que las interpretaciones sobre el supuesto no intervencionismo comunitario en la región por motivos de inoperancia de los mandos o de rivalidad económica, resultan a todas luces insuficientes.

Finalmente, existe un rechazo europeo al concepto hegemónico planteado por la administración Bush, identificado con unipolaridad, con supremacía militar e incluso con un nuevo imperio global en construcción. No hace falta una especial cosmovisión histórica para afirmar que los europeos, desde antes de la ruptura del cristianismo, llevan siglos luchando contra cualquier poder hegemónico de estas características. La propia historia muestra que los Habsburgo, el rey de Francia, Napoleón o Hitler, en su afán homogeneizador del poder internacional, fueron identificados como los sucesivos enemigos en Europa a lo largo de la historia moderna.

Desde el punto de vista estadounidense han pesado algunos argumentos que vienen barajándose desde la caída del comunismo, como es la queja –razonable sin duda– por la falta de responsabilidad europea en los costes de la seguridad mundial. Pero ha sido el asalto de los terroristas la circunstancia

que ha desvelado que las divergencias en materia de seguridad no son sólo presupuestarias y tienen, sin embargo, mucha relación con la corresponsabilidad estratégica, cuya ausencia en conflictos tan próximos como Afganistán e Irak ha sido evidente.

En cualquier caso, el factor principal para interpretar el desencuentro desde la óptica de EE UU fue el cambio republicano de 2000. El diseño exterior de los teóricos neorrealistas que asesoraron a Bush, comenzando por su asesora de seguridad nacional, Condoleezza Rice, se basaba en una concepción piramidal de la estructura internacional en la que EE UU ejerce su hegemonía desde la cúspide, a través de un refuerzo de su seguridad autónoma y de la extrapolación de sus intereses a nivel global mediante su presencia en diferentes áreas regionales; bien participando directamente en alianzas y organizaciones conjuntas, bien a través de tratados de seguridad y cooperación bilaterales con Estados concretos y con grandes potencias.

No es una propuesta tan diferente de la ejecutada por los demócratas en los años noventa, pero muestra un matiz sustancial. Tanto Bush como Bill Clinton han considerado que Europa no es un área prioritaria como lo fue durante la guerra fría, sino una potencia más sobre la que –y gracias a la cual– se podía realizar la supremacía americana. No obstante, el planteamiento global de los demócratas se sostenía en unos principios –democracia, desarrollo, derechos humanos– compartidos con la mayoría de países y organizaciones europeos, lo que les convertía, por sí mismos, en los aliados más relevantes en una pirámide mundial cuya cúspide pretendía dar cabida a los principales impulsores del proceso globalizador.

Esta modificación conceptual de los republicanos, que ha transformado la entonces denominada gobernabilidad global en la actual hegemonía, se sitúa en la base del enfrentamiento. Los teóricos neoimperialistas han acometido una reforma del pensamiento realista americano, para radicalizarlo con propuestas encaminadas a reforzar las capacidades militares del país y su autonomía en la toma de decisiones; quizá también para hacer olvidar algunos importantes logros demócratas en su aplicación del multilateralismo con el que tanto se identifican los europeos.

En efecto, es en la distinta concepción de la hegemonía –entendida como liderazgo en la gobernabilidad de la sociedad global o como la proyección y el desarrollo de la supremacía de una superpotencia dominante– donde se encuentra el matiz que no pondrá de acuerdo a europeos y americanos a pesar de la gravedad de las amenazas que atentan contra la convivencia mundial. Para los actuales defensores de la segunda opción en Estados Unidos, y paradójicamente para los que más la temen en Europa, la superpotencia representa una suerte de imperio global en proceso de construcción. Pero muy a su pesar, ningún fenómeno producido en las relaciones internacionales en la última década permite hablar de un proceso de tales dimensiones, ni implícito en ninguna acción ni explícito en ningún documento.

No existe a escala mundial el deber ni la voluntad por parte de EE UU de defender de agresiones a la totalidad de sus socios y aliados, sino en casos concretos que contemplan determinadas alianzas o que han recogido algunos tratados bilaterales. Tampoco existe una voluntad política de los Estados actuales de someterse a una relación de dependencia de otro más poderoso para

obtener a cambio la obligación moral de la protección de éste, fórmula de los Estados-vasallos medievales; ni ningún movimiento de anexión de territorios o de habilitación de federaciones, procedimientos gracias a los cuales Roma cimentó su imperio.<sup>1</sup>

No se ha percibido en ninguna organización o coalición internacional el ánimo de romper el marco esencial de soberanías estatales y respeto a la voluntad de los pueblos en la gestión de sus asuntos internos, que preside el desarrollo de las relaciones internacionales desde el desmoronamiento de los imperios europeos. Ni se puede defender con sensatez que vivamos en un proceso de modificación de los patrones de conducta económicos que conduzca al establecimiento de privilegios monopolísticos por parte de determinados países sobre territorios adquiridos por la fuerza, ni tan siquiera sobre áreas de influencia política. Más bien al contrario, ni el proteccionismo nacional ni el de cualquier región económica surgida de la libre voluntad de sus Estados miembros son hoy día comportamientos económicos admitidos en una sociedad que defiende abiertamente, aunque no con absoluta efectividad, el libre comercio tan opuesto a la exclusividad comercial y las barreras arancelarias que caracterizaron el imperialismo del siglo XIX y parte del XX. A pesar de los fracasos en las cumbres de Seattle (1999) y Cancún (2003), la Organización Mundial de Comercio (OMC) es una constatación más del avance incuestionable de la globalización como proceso de apertura de fronteras.

Por todo ello, albergar alguna duda en torno a los pilares que susten-

tan el Derecho internacional para introducir semillas de discordia en nada favorece la búsqueda de consensos y objetivos comunes en la lucha contra el terrorismo internacional, la proliferación nuclear o la persistencia de conflictos que, como el israelo-palestino, generan un ambiente de violencia e inestabilidad y un desmedido número de víctimas; situación intolerable para quienes, por su peso internacional, más aportaciones pueden realizar en su resolución.

Si la época clásica y la contemporánea muestran las contradicciones de los planteamientos neoimperialistas más anacrónicos, también sirven para reconocer fórmulas históricas de interpretación de lo que significa una posición hegemónica de una determinada entidad política. Las alianzas griegas (*symmachias*) se constituían en torno a una potencia hegemónica (Atenas o Esparta), a la que acudían el resto de *polis* para demandar mediación o ayuda militar. Como relata Tucídides en su *Historia de las guerras del Peloponeso*, las solicitudes se debatían en las asambleas y los envíos de tropas se producían después de un juicio –democrático en el caso de Atenas– en el que quedarán demostrados los agravios en contra de una ciudad-Estado más débil, o la violación de un régimen de relación acordado en un tratado. La potencia hegemónica tenía el deber de implicarse en el correcto funcionamiento de las relaciones entre ciudades coaligadas y en la protección de los principios de convivencia entre diferentes pueblos y ligas. Nada más lejos del sentido clásico de la hegemonía

1. Sobre estas fórmulas clásicas de relación imperial véase Jean Gaudemet, *Les institutions de l'antiquité*. París: Editions Montchrestien, 1991.

que el aislacionismo y la negativa a participar en acuerdos multilaterales. Y nada más lejano a esa idea que la política exterior puesta en marcha en los últimos años desde Washington para llevar adelante el proyecto de un escudo antinuclear, no participar en la Corte Penal Internacional y rechazar diversos tratados sobre medio ambiente y control de armamento.

Más significativo y cercano aún es el ejemplo de la hegemonía alemana en la Europa bismarckiana, donde el canciller logró ejercer el liderazgo de Prusia en la Confederación Germánica y así consiguió identificar los intereses prusianos con los del resto de los alemanes; proceso que concluyó en la unificación en 1871 de unos territorios divididos secularmente a pesar de la identidad cultural de sus pueblos. Más tarde, ya como canciller del recién creado *Reich* alemán, Bismarck desarrolló una política hegemónica en Europa haciendo presente a Alemania en todos los tratados y alianzas continentales e impulsando una política internacional basada en los grandes congresos para concertar diplomáticamente las esferas de poder en el continente y fuera de él, aplicando la conocida *Realpolitik*, que nunca perdió de vista el mantenimiento de los equilibrios de poder frente a la tentación de cualquier potencia por desajustarlos. No es ésta la atmósfera que se respira hoy en EE UU y sí la que pretende respirar la UE, aunque su proceso de integración pase por momentos de carencia de liderazgo y, en algunos asuntos, de manifestación de simple voluntarismo.

La inseguridad mundial ocasionada por los atentados de Al Qaeda se ha visto acrecentada en los dos últimos años por la regresión en materia de derechos humanos y cooperación y por el debilitamiento institucional que

ha sufrido la sociedad internacional. Corrientes de opinión americanas que pretenden convertir la Alianza Atlántica en una especie de asociación de cooperación militar, o afirmaciones como la del secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, considerando “menos importante la unanimidad del Consejo de Seguridad que tomar las decisiones acertadas aunque sea en solitario”, son responsables de esta involución de las relaciones internacionales. Como lo son los miedos de los Estados comunitarios a completar la integración del este europeo, la unificación monetaria y la asunción de una visión exterior común. Sólo la firmeza de los valores y las instituciones internacionales se vislumbran como único camino para conseguir desterrar ambiciones neoimperialistas de las doctrinas más ofuscadas, y con ello contribuir a luchar de forma más eficiente e interdependiente contra el terrorismo internacional.

El excepcionalismo de EE UU en el progreso histórico de su democracia y de su riqueza no puede representar en el siglo XXI lo que significó el británico en el siglo XIX, y que Disraeli explicaba así: “La disyuntiva es (...) la de estar satisfecho con una Inglaterra confortable, modelada y moldeada bajo los principios continentales, o la de ser una gran nación, una nación imperial, donde sus hijos, cuando crezcan, lo hagan en posiciones de supremacía y obtengan no sólo la consideración de sus conciudadanos sino el dominio de la consideración del mundo”.

En nuestros días, una gran nación es aquella que impulsa y defiende desde la cooperación y el diálogo la libertad política y los derechos de los ciudadanos, el progreso de los pueblos y la ayuda a los más necesitados. Nada más y nada menos.